EL PENSAMIENTO DE UNAMUNO SOBRE HISPANOAMÉRICA

POR

A. ALVAREZ DE MIRANDA

La escena en sí era más bien vulgar: en la fonda de una villa vascongada hay tres hombres en torno de una mesa; padre, hijo y nieto. El anciano es un sencillo labrador de la montaña; el hijo, hombre maduro, es un indiano que viene al rincón natal para abrazar al padre; el más joven, nieto de aquél e hijo de éste, ha nacido en América y viene con el padre a visitar el hogar de sus mayores. En la mesa vecina, inatendido y solo, otro hombre les observa. Escucha y piensa. Es un incógnito señor, aunque sea ya catedrático de Salamanca y aunque se llame Don Miguel de Unamuno. ¿Qué observa y en qué piensa el profesor?

Por de pronto, observa al hombre que hay en cada uno de sus tres vecinos. Pero, además, ve en ellos tres generaciones. Y, sobre todo, entrevé tres mundos históricos: España, América y el nexo genético que media entre ambas. En todo esto medita ahora Don Miguel. Y no por vez primera, ciertamente. Se halla en antigua relación con varios escritores de ultramar, escribe de ellos y para ellos, recibe a veces sus visitas. América, en fin, su ser, su historia, sus problemas, son vividos y meditados por nuestro pensador. La escena del encuentro en la villa vasca de esos tres hombres, de esas tres generaciones, de esos tres mundos, cercanos y lejanos, familiares y desconocidos, iguales y distintos, le sume una vez más

en grave preocupación. Durante más de cuarenta años el tema hispanoamericano aparecerá constantemente en los escritos de Unamuno.

Abundan ya entre nosotros los libros, ensayos y estudios de todo género sobre la obra y el pensamiento de Unamuno. Y, sin embargo, ahí está todo un sector de su personalidad, el de su inquietud por Hispanoamérica, apenas comentado por ahora (1). Unamuno se conjugó desde muy pronto con la vasta problemática del mundo de habla española y mantuvo un persistente contacto intelectual y afectivo con ese mundo. Por otra parte, el modo mismo de sus relaciones con él es harto característico de la personalidad unamuniana: aun aceptando el supuesto de que su colaboración en la prensa ultramarina —y en consecuencia la causa ocasional ahí implicada— constituya la génesis de sus preocupaciones sobre América, existen también otras modalidades especiales en la índole, cuantía y signo de su actividad hispanoamericana, que inducen a contemplar con algún detenimiento esta faceta del filósofo.

Unamuno, por ejemplo, al revés de tantos escritores que han llegado a contemplar lo americano tan sólo o principalmente ante la sugestión del paisaje físico de América, no tuvo necesidad de abandonar el Tormes salmantino para ascender a cumbres meditativas que otros sólo escalaron, como Keyserling peregrinando por la altiplanicie boliviana, al contacto con el peculiar *milieu* de Sudamérica. En otro orden de cosas, sus mismas colaboraciones en la Prensa del nuevo mundo pudieran haber consistido, como las de tantos otros escritores españoles coetáneos, en una genérica teorización sobre temas ajenos en sí mismos a la entidad americana, o en la recensión o comentario de cosas españolas. Tal hubiera sido lo inmediato desde el punto de vista americano (2). Sin embargo, Unamuno prefirió casi constantemente otra actitud; para él, hablar *en* Hispanoamérica significó un cierto deber de hablar ante todo *de* Hispanoamérica; su discurso, imantado siempre por sugestiones

---

(1) En la más nutrida bibliografía que tengo a mano, la que aduce el P. González Caminero en su *Unamuno* (edit. Universidad Pontificia, Comillas, 1948) sólo aparece, entre cerca de doscientos títulos, uno alusivo al tema; es un artículo de L. Echevarría publicado en *Cultura Venezolana* el año 1930. Recuerdo también la referencia que al tema hace Gonzalo Torrente Ballester en su nota «La Generación del 98 e Hispanoamérica». *Arbor*, núm. 36, págs. 505-515. Madrid, 1948.

(2) El propio Unamuno alude a ello: «Alguien me escribe desde esa América de mis cuidados llamándome la atención sobre el hecho de que habiéndome dedicado yo al cultivo de las letras y escribiendo mis periódicas corresponsalías a *La Nación* desde España, rara, rarísima vez o, por mejor decir, nunca, me haya ocupado en ellas del movimiento literario contemporáneo español.» (*Ensayos*, ed. Aguilar, II, p. 1.149.)

éticas conviventes en la raíz misma de los motivos dianoéticos, fué un discurso radicalmente *ad hominem*, tuvo algo de homilía acalorada, de celosa y clara predicación. Así era Unamuno, y en esa actitud compareció ante el tema de América.

Pero independientemente de la interesante refracción que la faz de Unamuno nos presenta al incidir en planos americanos, su propia actitud especulativa ofrece una contribución valiosa objetivamente para el caudal del pensamiento moderno sobre América. En resumidas cuentas, lo que en el pensamiento unamuniano sobre Hispanoamérica nos interesa ir a buscar es también la propia Hispanoamérica en su entidad compleja y multiforme. Por otra parte, el escritor acudió a casi todos los temas sustanciales que se albergan en la entraña cultural del nuevo mundo, como tendremos ocasión de señalar.

«ESA AMERICA DE MIS CUIDADOS»

Así de entrañablemente nombra Unamuno a Hispanoamérica. Al mismo tiempo habla de su corresponsalía en la Prensa americana con sincero realismo, aludiendo a las ventajas que le reporta: «Aunque yo y mis hijos no comamos de lo que la pluma me produce, cenamos de ello, y aparte de que allá, de la otra banda del Océano, se me recompensa mi trabajo mucho mejor, me dejan mucha mayor libertad y, por añadidura, el público responde más, ya que son muchos los corresponsales que espontáneamente surgen, ayudándome con sus aplausos o sus censuras a mi labor» (3). Aparte de la confidencia económica que hay en estas palabras —expresivas de un Unamuno pequeño burgués y compatible con el del sentimiento trágico de la vida—, se alude aquí a un bienestar espiritual que Unamuno expresa reiteradamente: el de conversar con los hispanoamericanos, bien sea escribiendo para ellos, leyendo sus libros, manteniendo correspondencia con sus numerosos amigos —y aun con sus no infrecuentes enemigos—, o dialogando en Salamanca o Bilbao con quienes de América venían. A todo esto se dedicó Unamuno con largueza y pasión (4). Tales contactos exacerbaban el interés del pensador por Hispanoamérica, como él mismo reconoce en sus SOLILOQUIOS: «Yo sé bien lo que en tu labor influyen las cartas de desconocidos lectores que de vez en vez recibes, sobre

(3) *E.*, II, p. 498.

(4) Dispersas en muchos de sus escritos hay abundantes referencias de todo esto; por ejemplo, sobre las lecturas de su predilección (*E.*, II, p. 325 y 1.023, etcétera, etc.); sobre relaciones epistolares (*E.*, II, p. 525) o sobre sus entrevistas. «En cuanto me encuentro con un nuevo informante, de palabra o por escrito, lo primero que procuro saber es si es cosmopolítico o criollístico.» (*E.*, II, p. 324.)

todo de América, y las cuales te dan sugestiones e indicaciones muy valederas» (5). Incluso se hizo propagandista de personalidades hispanoamericanas como la de Sarmiento, sobre el cual dió una conferencia en el Ateneo de Madrid y trató de difundir sus libros, como también los de Zorrilla, Vaz Ferreira y otros escritores coetáneos, en los ambientes españoles (6). Ahora bien: todo este clima afectuoso de Unamuno con América (7) no le impediría en ningún momento pronunciarse con la vehemencia típica de su talante contra los que él consideraba vicios, deformaciones y lacras de la vida, la cultura o la psicología hispanoamericanas. En tal sentido, su crítica se ejercitó sobre ambas riberas hispánicas con vigor igualmente implacable, y buen número de sus reflexiones sobre América podrían ostentar también como título y símbolo la divisa unamuniana de «contra esto y aquello». El filósofo, en fin, tuvo clara conciencia de que su interés y sus preocupaciones por el mundo hispánico le conferían alguna autoridad moral para pensar en alta voz sobre ese mundo. No sin fiera arrogancia proclamó en cierta ocasión que bien podría, «en propia apología, presentar los memoriales que me acreditan como uno de los pocos, poquísimos europeos que se han interesado por el conocimiento de las cosas de América», y afirma que él es «una excepción a esa incuriosidad europea» (8). Por lo demás, el hecho de no haberse trasladado nunca físicamente a ese nuevo mundo de sus cuidados y no haberlo vivido geográficamente no es, en su opinión, objeción válida contra la adecuación de su conocimiento acerca de él. Unamuno se adelantó a argüir contra los que exigen haber vivido en un país para poder hablar suficientemente de él; su propio conocimiento de América, adquirido persistentemente «por libros, revistas y periódicos que de ahí me llegan, por cartas, por informes de personas que lo conocen de vista y trato» (9), es apto para proporcionarle un saber muchas veces más

---

(5) *E.*, II, p. 498.

(6) Sobre este particular, y aparte de las referencias concretas de sus comentarios a libros, véase lo que de sus actividades dice en *E.*, II, p. 1.023.

(7) «Habíaseme hecho entender que hay pocos hombres más quebradizos y más difíciles para aguantar censuras que los criollos americanos, pero es el caso que yo no me he retenido de decir desde estas columnas a mis lectores de por ahí cuanto he creído justo—guardando siempre, claro está, no ya sólo respeto, sino hasta cariño—, y me lo han tomado como no es frecuente que en otras partes se tomen tales observaciones. Y tengo pruebas de que no es ni por indiferencia ni por desdén.» (*E.*, II, p. 606.)

(8) *E.*, II, p. 1.022.

(9) *E.*, II, p. 323-4. En este aspecto de la metodología del conocimiento de Hispanoamérica, Unamuno llega a formulaciones como ésta, cuyo aire paradójico no invalida la agudeza fundamental en que se basa: «Para escribir sobre un país lo mejor es no haber estado en él, sino hacerlo sobre un caudal de informaciones indirectas, el más copioso que se pueda obtener, cotejándolas entre sí.»

rico en profundidad que el de los propios naturales del país, a quienes suele faltarles un pertinente término de comparación.

Tal fué en líneas generales, el modo intelectivo y afectivo con que el pensador se sumergió en meditación sobre la hispanidad ultramarina. Tratemos de compendiar ahora las líneas conceptuales de su pensamiento agrupándolas en unos cuantos racimos de temas preferentemente tratados en sus escritos principales.

EN TORNO A LA HISTORIA AMERICANA

En Unamuno ejerció siempre una poderosa fascinación la historia americana. La desnuda humanidad de los pobres indios «vírgenes de herejía», el ímpetu quijotesco del pueblo que «se echó a salvar almas por esos mundos de Dios y a saquear América para los flamencos», el temple heroico y el destino trágico de los conquistadores eran temas de suficiente potencial histórico para sumir a nuestro pensador en ese éxtasis emocional, característico de la generación del 98, que Laín Entralgo ha analizado con penetrante precisión.

Lo referente a la conquista y a la evangelización de América, más veces dejó en sus escritos puras exclamaciones que juicios de valor. Conmueve su entraña de hombre español la agresiva caridad del Padre Las Casas y escandaliza sus anhelos de pureza religiosa la práctica de *encomendar* indios a los aventureros de América a cambio de enseñarles «las cosas de nuestra santa fe católica» (10). Siguiendo una tendencia natural de su temperamento filosófico —no exenta de analogías con algunos aspectos del alma platónica— (11) que le empujaba a plasmar todo un cúmulo de sensaciones por medio de procesos de mitificación más bien que de análisis reflexivos, Unamuno dió salida a muchas de sus ideas sobre América prolongando hacia ella el mito del quijotismo. La historia americana sería para él, en gran parte, igual que la española, la peripecia del alma quijotesca en diáspora, anónima o notoria, por las regiones de ultramar. Casi todo lo que de la historia americana conmovía de entusiasmo a Unamuno, desde la conquista hasta la independencia, le conmovía precisamente en función del quijotismo. En su ensa-

---

(10) *En torno al clasicismo. (E.*, I, p. 80.)

(11) Ninguno de los que han estudiado el bagaje filosófico de Unamuno ha insistido, que yo sepa, en este aspecto de su temperamento y en sus concomitancias con Platón. Aquel famoso pasaje del Fedón en que Sócrates reclama la necesidad de un *mithologein*, además del *diaskopein*, sobre todo en presencia de la muerte *(Phaid.*, 61, *e)*, viene como anillo al dedo al «agonismo» de Unamuno. Precisamente lo adoptó como lema en uno de los capítulos más importantes de *El sentimiento trágico de la vida.*

yo sobre «Don Quijote y Bolívar» asegura que en la próxima edición de la VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO incluirá, junto a los de San Ignacio de Loyola, pasajes enteros de la vida del Libertador, cuya grandeza pocos españoles han exaltado tanto como el propio Unamuno. «Poesía es lo que rezuma la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma la historia de la emancipación de las Repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que la épica historia del descubrimiento y de la conquista ... y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, quienes más fuertemente la sintiéramos ... deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas» (12).

Todo esto, en última instancia, significa que Unamuno percibía a los pueblos hispanoamericanos y a España con una valoración igualitaria o, dicho en otros términos, que sentía vivamente a todos ellos como idénticos portadores de hispanidad. Tanto en lo lingüístico, como veremos más abajo, cuanto en lo temperamental y cultural, Unamuno propugnará constantemente una estimación igualitaria de las realidades hispanoamericanas respecto de las hispanoespañolas, y pondrá de relieve la identidad de excelencias y de deficiencias, de vicios y virtudes.

Incluso en el federalismo sudamericano encuentra concomitancias con el español, prolongando a este fenómeno su teoría sobre la formación de las nacionalidades americanas. Lo primero que de ellas se preguntaba Unamuno es la razón de su número, el porqué de que resultasen 18, y no 7 ó 43. Como contestación de esta pregunta le parece insuficiente por de pronto el criterio carlyliano de la superioridad del héroe como factor *exclusivo* de la creación de las nuevas naciones, e insiste en la importancia decisiva, a estos efectos, de la esfera de acción de las grandes ciudades: «Toda región o territorio cuya ciudad capital tuviera que depender para su vida económica y social de otra ciudad colocada en mejores condiciones, tenía que ser región o territorio independiente» (13). Así, por ejemplo, Montevideo hizo al Uruguay, como Buenos Aires había hecho a la Argentina, Valparaíso y Santiago a Chile, y Lima al Perú, o Bogotá a Colombia y Caracas a Venezuela. El federalismo, por su parte, obedecería al hecho de que esas grandes ciudades, no lo eran ni lo suficiente ni lo exclusivamente que se requería para haber englobado por completo a aquellas otras más pequeñas y lejanas que aun estándoles supeditadas de algún modo poseían a su vez

(12) *E.*, II, p. 643-50.
(13) En *La ciudad y la Patria.* (*E.*, II, p. 1.077 y stes.)

una corta vida y radio de acción propios. Y este «federalismo hispanoamericano, hijo del español» (14), sería comparable al regionalismo catalán, por ejemplo, lindero a veces con el separatismo y debido también al hecho de que igualmente una ciudad —en este caso Barcelona— posee vida propia.

Por lo demás, Unamuno pensaba a Hispanoamérica como una «unidad de porvenir». Varias veces lamentó que el ideal integrador de las diversas naciones no fuera más que «un sentimiento en cierta manera erudito y en vías de costosa formación». Participó él también de los sueños de Bolívar, y glosó el pensamiento de José Enrique Rodó propugnando una idea de América como grande e imperecedera unidad. «Sólo cuando un pueblo se ha hecho homogéneo —decía en su encendido parangón entre Don Quijote y Bolívar— y se ha constituído definitivamente, cuando ha brotado en él conciencia patria colectiva ... es cuando comprende y siente las glorias y puede irradiar al mundo su pensamiento.» (15). Unamuno, entusiasta lector y comentarista de cuantos libros históricos le llegaban desde la otra orilla atlántica, consideraba esta insistencia de las mejores mentes hispanoamericanas como un saludable ejercicio de meditación para aquellos pueblos. «Se nos repite todos los días que son los pueblos del mañana, del porvenir, los pueblos sin peso de tradiciones; pero es el caso que en pocas partes se escudriña con más afán el pasado, el ayer, y se escarba más en los recuerdos.» Naturalmente, Unamuno aplaude este afán inquisitivo, interpretándolo como «una clara visión de que se necesita extraer los ideales colectivos de la cantera de la tradición nacional».

Ahora bien: ¿cuál es la tradición de los pueblos de Hispanoamérica? Casi todo lo que nuestro pensador escribió sobre América está penetrado más o menos directamente de esta suprema preocupación, que hemos de ver reflejada en sus disquisiciones sobre la caracterología y sobre la cultura americanas. De entre los numerosos ingredientes, muchos de ellos cosmopolitas y adventicios, que se dan cita en el ser aparencial de los pueblos de ultramar, Unamuno insistirá particularmente en los elementos subhistóricos y en el criollo como en su concreción más definida: «El criollo es siempre el criollo, lleve apellido castellano, catalán, vasco, italiano, alemán o francés.» El cosmopolitismo, en cambio, se le aparece como un fenómeno de la vida americana más bien de superficie que de fondo. En cambio, «una región, un clima, un género de vida, un idio-

(14) *E.*, II, p. 987.
(15) De *Historia y novela.* (*E.*, II, p. 1.143.)

ma sobre todo, da una fuerte homogeneidad a una reunión cualquiera de hombres, por muy extraños que sean entre sí en cuanto a su origen. El elemento más numeroso, que es casi siempre el más antiguo, predomina en el compuesto en mucha mayor proporción que la que le da su superioridad numérica sobre el elemento adventicio, de tal modo que si hay tres nativos del país sobre cada inmigrante figurará el espíritu de los nativos en el compuesto en mayor proporción que de tres cuartos. Figurará en la vida íntima, en la subhistórica, en lo que podemos llamar subconciencia nacional» (16).

«CONTRA ESTO Y AQUELLO»

Si frecuentes son las consideraciones de Unamuno ante la historia americana, sus comentarios al carácter de la humanidad ultramarina, a las proclividades y modos de ser del hombre hispanoamericano, aparecen también con profusión en sus escritos. Ahora bien: Unamuno no pretendió jamás hacer una descripción o valoración total de esa humanidad; faltábale sentido sistemático para elaborar una etopeya integral de la psicología americana, y sobrábale vehemencia y eruptiva sinceridad para hacer hincapié sobre todo en las deficiencias y vicios que observaba. Una vez más nos hallamos ante el hombre que exterioriza el fuego de su celo más bien con reconvenciones que con deleitosos panegíricos; es menester esta aclaración sobre los juicios emitidos por el predicador incontenible que había en Unamuno —«nuestro gran morabito», así le llamó Ortega—, para valorar debidamente el sentido de sus diatribas.

Estas, por lo demás, suelen referirse conjuntamente a los hispanos de América y a los de España; vienen a ser una prolongación, en el espacio, de la crítica unamuniana «contra esto y aquello», y van enderezadas según sus propias palabras a «estos pueblos de lengua española, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu» (17).

La envidia como defecto principal del hombre hispánico inspiróle uno de sus vehementes comentarios (18). La llama «gangrena del alma española», que «se la transmitieron nuestros abuelos a los pueblos hispanoamericanos y en ellos ha florecido, con su flor de

---

(16) Prólogo a la obra de C. O. Bunge *La educación*. (*E.*, I, p. 319 y stes.)

(17) De *Mi religión*. (*E.*, II, p. 299.) Este escrito, uno de los más significativos para el conocimiento del sentido que Unamuno quiso infundir siempre a su tarea de escritor es la respuesta pública a un corresponsal chileno que le preguntaba cuál era su actitud religiosa.

(18) *La envidia hispánica*. (*E.*, II, p. 333-340.)

asafétida, creo que aún más que entre nosotros». A este respecto, recuerda lo que Lastarria escribió sobre la envidia en el Chile de su tiempo; interpreta la famosa novela de Reyles —LA RAZA DE CAÍN— como el poema terrible de la envidia, y glosa opiniones del boliviano Alcides Arguedas. Esa envidia, por lo demás, opera como raíz de otras modalidades psicológicas, por ejemplo: la «afectividad simulada», que se envuelve en un lenguaje rico en términos afectuosos para ocultar una actitud muchas veces pérfida y felina. En el mundo literario la envidia es también el motor de dos actitudes contrapuestas y mezquinas, tales como el ditirambo disparatado y el desprecio: «este dilema de «o bombo o palo», esto es, o adulación o insulto, que como característico de nuestra crítica se ha señalado, eso es más abultado aún en esa América». Y esta gangrena de la envidia tiene su propia raíz en otra zona más profunda del carácter hispánico: la ociosidad espiritual. A su vez, esta ociosidad se relaciona con otra de las características más perceptibles, según Unamuno, en el hombre hispánico, y especialmente en su versión ultramarina: la ausencia de verdadera imaginación (19). Imaginación es la facultad de crear imágenes, no de imitarlas o repetirlas. No hay que confundirla con la facundia o con la vivacidad de expresión, y mucho menos con la tendencia al ensueño, como sucede con algunos núcleos aborígenes (tal, por ejemplo, la raza quechua, de la que Unamuno se pregunta: «¿soñadora?, ¿qué quiere decir eso de soñadora? La raza quechua ¿es que soñaba o que dormía?»). Urge deshacer los muchos tópicos que circulan en torno a los «pueblos imaginativos». El conocimiento y cotejo de las letras americanas, la comparación entre lo que allí se produce en el campo de la historia, la novela y la poesía inducen a Unamuno a considerar a los pueblos americanos como menos ricos en verdadera imaginación de lo que habitualmente se cree. Cuando un pueblo la posee de verdad, posee también filosofía y ciencia propias, como es el caso, por ejemplo, de los ingleses, que sin embargo pasan por poco imaginativos. «De la selva ya ingente de la poesía hispanoamericana son muy pocas las imágenes realmente nuevas que se pueden sacar. Sus novedades suelen ser meras novedades de técnica, de artificio. La imitación más o menos disfrazada, reina allí en soberano.» (20). Y es que se toma por imaginación, dice Unamuno, lo que no es sino facundia y aun perniciosa facilidad para escribir o hablar; los andaluces y los poetas árabes, por ejemplo, cuando se ponen a contar siempre las mismas cosas o a dar vueltas a las mismas

(19) *La imaginación en Cochabamba. (E.*, II, p. 985-1.003.)
(20) En *Arte y cosmopolitismo. (E.*, II, p. 1.227.)

metáforas, ponen en juego la vulgar facundia, no propiamente la imaginación. «No —concluye Unamuno, pasando de este tema a otro no menos grave, el de la malicia hispánica—: ni el verboso y rimbombante es imaginativo, ni el vivo, el listo, es inteligente. Hay que temer a los hombres de comprensión rápida; los que parecen comprender algo pronto, lo comprenden casi siempre mal. Entre nosotros, y creo que ahí más aún sustituye a la sana comprensión, a la que es fecunda en simpatía humana, una cierta malicia. Somos pueblos maliciosos, recelosos, propensos a la burla, siempre temiendo una emboscada o engaño. ... «Hay que desacreditar esa imaginación que, según el señor Arguedas, distingue a los cochabambinos, y hay que repetir una y mil veces que eso no es imaginación. La verdadera imaginación es seria y grave; hay que desacreditar esa viveza de nuestros vivos; esa torpe viveza, hija del recelo y de la envidia, es productora de mala fe, de donde fluyen las perfidias...

Otro aspecto del carácter hispanoamericano que Unamuno analizó con insistencia, es aquella oscilación anímica cuyos dos extremos más viciosos —y en cierto modo correlativos— podrían denominarse, respectivamente, complejo de inferioridad y extremosidades autopanegíricas. Respecto del primero delató nuestro escritor en algunos hispanoamericanos algo así como «una vergüenza de presentarse ante el mundo tales como son, temor de que les tomen por bichos raros, por una especie de avechucho peregrino bueno para contemplado un momento, objeto de curiosidad, que es lo que los críticos parisienses suelen hacer cuando, en vena de exotismo, se dignan fijar su atención en un extranjero, en un bárbaro». El hispanoamericano, intelectualmente, no es menos inteligente que el europeo, afirma Unamuno; lo que le falta es, ante todo, la justa confianza en sí mismo, determinada en parte porque en Hispanoamérica (y esto mismo ocurre también a veces en España) «el investigador trabaja en un estado de espíritu receptivo pasivo», y porque «no cree que él tenga capacidad ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones» (21). En el extremo opuesto se sitúan la desmesurada valoración de lo propio y patriotería, verdadera enfermedad del patriotismo, que desembocan directamente en el ridículo. «Bueno es advertir a los hijos de esas jóvenes naciones que prosperan en riqueza y en cultura y adoptan, desde luego, los mejores progresos de Europa, no les vendría mal en ciertas ocasiones una más discreta moderación de juicio al compararse con otros pueblos. La cultura es algo muy íntimo que no puede apreciarse tan

(21) En *El pedestal*. (*E.*, II, p. 577.)

sólo en un paseo por las calles de una ciudad...» (22). Pone de relieve los peligros de esa superficialidad, de la vanidad social, del snobismo: «Esto del buen tono, de la buena sociedad, de la *high life*, de las clases honorables, es uno de los peores azotes de los países nuevos, constituídos democráticamente, y que sueñan por una aristocracia ... Los títulos y las condecoraciones les curarían acaso de esa vanidad, hija de la superficialidad de vida. El título de doctor ha sustituído al de barón o marqués. El snobismo corroe los espíritus» (23).

Especialmente en lo referente a la Argentina —país con el que se halló en más directo contacto a través de los grandes periódicos y revistas que diariamente recibía—, Unamuno delató el «furor insano de exhibición hijo de la falta de intimidad y profundidad en la vida», y a través de sus observaciones conjetura que allí la vida interior, la vida del espíritu, «debe languidecer en un vacío vaporoso, sobre todo en las mujeres».

Este problema de la mujer en las sociedades modernas preocupó a Unamuno con insistencia: «¡Las mujeres!, este es el problema en los países nuevos, formados por aluvión de gentes de los cuatro extremos del mundo, donde los hombres apenas se cuidan sino de sus negocios. Las mujeres son las que están haciendo el alma de los Estados Unidos, las mujeres son las que allí agitan las cuestiones eternas, hasta con su cortejo de extravagancias» (24). La evidente prevención que Unamuno sentía hacia la mujer en general y especialmente su pesimista valoración de la influencia femenina en el cuerpo social aumentaba en relación con la prepotencia del feminismo en los países del nuevo mundo; ya éstos, de por sí, propenden a una dejación de las formas de religiosidad; el riesgo extremo es que éstas sean monopolizadas por las mujeres, ya que, «de nada hay que desconfiar más que de la supuesta religiosidad de la mujer» (25). Otra de las cosas que preocupaban a Unamuno ante la contemplación del paisaje espiritual hispanoamericano es el materialismo: «Lo que pierde a los pueblos de lengua española —lo he dicho varias veces y en varias formas, y he de repetirlo muchas veces y en formas nuevas—, lo que les pierde es su materialismo disfrazado de practicismo.» Este género de tachas las amplía Unamuno incluso al terreno literario, afirmando que entre los muchos

---

(22) En *Algo sobre la crítica. (E.*, II, p. 965.)
(23) En *El resorte moral. (E.*, II, p. 327 y stes.)
(24) *Ibíd.*
(25) Véase *Nuestras mujeres (E.*, II, p. 609-17), donde contesta largamente y no sin ironía, amarga ciertamente, a unas ditirámbicas exaltaciones que Vergara Biedma hizo de la mujer argentina polemizando con Unamuno.

libros sudamericanos que recibe no faltan los que poseen algún brillo, mérito, amenidad o diestra imitación de los modelos europeos, franceses sobre todo; pero lo que no suele ver en ellos es «austeridad de sentimiento, profundidad de espíritu; no parece haber pasado sobre ellos el soplo vivificador de las grandes y nobles inquietudes, de las preocupaciones eternas del trabajado linaje humano». Una vez más, el alma enteriza de Unamuno, su temple ético, su idealismo iluminado, su exasperado quijotismo, se nos muestra, en irreductible oposición a todo cuanto vea —o crea ver— de frívolo, de inconsciente, de claudicante, en esa América de sus cuidados.

«COMUNIDAD DE LENGUA»

Reiteradamente paró mientes Unamuno en la vinculación esencial de España con América a través del idioma. En sus escritos abundan las muestras de su preocupación por los problemas lingüísticos, por el porvenir del castellano en ultramar y por las corrientes de purismo castellanizante o de localismo idiomático que, aquí o allá, existieron en su tiempo. Aunque fuese catedrático de griego y más tarde de gramática histórica, el temperamento de Unamuno era más propenso a acercarse a estos temas con el peculiar bagaje del humanista que con el método y la constancia del filólogo y del lingüista. Cuanto más remejida en popular humanidad encontraba Unamuno una palabra, más la amaba; en cambio, no podía disimular su prevención contra los vocablos eruditos y «librescos». Gozaba, por ejemplo, enarbolando la vulgar «jeringa» frente a su erudita madre la «syringa», y no es ésta la menor de las causas que le llevaron fatalmente, como veremos luego, a criticar el modernismo. Las palabras ungidas por largo uso rural, los vocablos y expresiones de la gente iletrada y apegada a su gleba, tenían para él una especie de salubridad elemental, una nobleza idiomática que él sentía como indiscutiblemente auténtica. Por eso y en tal sentido defendió la adecuación del léxico criollo y abogó por la «internacionalización» del idioma español —frente a la actitud de los puristas españoles—, y por la forja del «sobrecastellano» como lengua de los hispanoespañoles y los hispanoamericanos. «Cuanto más se estudia el habla criolla, tanto más se convence uno de que muchas voces y giros que en América se estiman de origen guaraní, quechua o araucano son genuinamente españoles. Y son voces y giros que no están anticuados en España en el hablar popular de los campos» (26). Frecuentemente, delató como palabras castizamente españolas mu-

(26) *E.*, II, p. 1.007-8.

chas de las que el diccionario o los hispanoamericanos consideran como americanismos, puso de relieve el hecho de ser precisamente el andaluz y el extremeño la base lingüística de lo criollo e insistió en el fondo hispánico de la literatura gauchesca incluso en lo lingüístico. Defiende la unidad lingüística sobre esta base popular: «es en esto —dice dialogando con Leguizamón e induciéndole a no hacer caso de los reproches de «criollismo» idiomático—, en los neologismos que inventan los escritores, no en los del pueblo, en lo que se distingue un poco, muy poco, y nada diametralmente, el español que se escribe en España y el que se escribe en Argentina» (27). Y en otra ocasión: «es un hecho verdaderamente curioso el de que cuando un escritor americano quiere hablar como habla el pueblo de su tierra se acerca al castizo hablar castellano» (28). Contra lo que Unamuno se pronunció decididamente fué contra el pretencioso purismo de gramáticos y literatos españoles, contra «el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura» (29). Aspiraba a la forja de un futuro lenguaje hispánico —el «sobrecastellano», como le llamó en un discurso pronunciado en Bilbao sobre la pérdida del vascuence—, que no debía ser «una mera expansión del castizo castellano, sino una integración de hablas diferenciadas sobre su base respetando su índole, o sin respetarla, si hace al caso» (30). En su defensa de los derechos lingüísticos de la región —española o americana— frente al purismo de los castellanizantes llegaría a afirmar que el mundo hispánico no tendrá personalidad propia mientras no posea un lenguaje forjado por integración de todas aquellas hablas (31). «Desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras tiene que convertirse en la

---

(27) *Ibíd.*, p. 1.008-10.
(28) *E.*, I, p. 866.
(29) *E.*, I, p. 871.
(30) *E.*, I, p. 394.
(31) Véanse, a este respecto, sus ensayos sobre *La reforma del castellano.* (*E.*, I, p. 304 y stes.) y el titulado *Contra el purismo.* (*E.*, I, p. 393.) Parece advertirse en el pensamiento de Unamuno una cierta vacilación, o si se quiere evolución, en lo que se refiere a sus opiniones sobre el porvenir del idioma. Hacia los primeros años de nuestro siglo, Unamuno parece haber imaginado que acaso la diversificación lingüística del español en América auméntase progresivamente camino de la desmembración. Más adelante rechazará la posibilidad de este riesgo e insistirá en el efecto natural de la tendencia unitaria de las lenguas como contrapartida de la tendencia anterior; aunque no aparecen citas de Unamuno a los estudios lingüísticos generales de la escuela de París (Saussure, Meillet, etc.), algún eco parece vislumbrarse en Unamuno de los esclarecimientos que sobre la evolución del lenguaje realizaron aquellos meritísimos lingüistas; en todo caso, las ideas lingüísticas de Unamuno—que aquí no podemos analizar debidamente—nos lo revelan, una vez más, como un intuitivo vehemente bastante alejado de la especialización.

lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razones para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia.»

Late en estas palabras un afán de auténtica fraternidad en cuanto a las dimensiones culturales, que en la época de Unamuno no todos los españoles estaban en condiciones de entender (32). En esto, como en no pocas otras cosas, el pensamiento de Unamuno avizoró exigencias nuevas y formuló afirmaciones que han necesitado casi medio siglo para encarnarse convincentemente entre nosotros. En el año 1906, dejó escritas estas palabras taxativas: «Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de la madre patria y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos y recibiendo de ellos, no sólo dándoles» (33). Más explícitamente mantendrá este mismo criterio refiriéndose a las relaciones entre las literaturas hispanoamericanas y la española: «Y si se me dice que la española precede a aquéllas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga a la de llamar a los hispanoamericanos hijos nuestros, como si ellos no descendieran de los conquistadores por lo menos tanto y de seguro más que nosotros. Es aplicar a las cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto, y en ciertas regiones americanas, en parte de Colombia, verbigracia, aún más fielmente que esto» (34). Todo lo cual, en resumidas cuentas, es la expresión de una íntima convicción unamuniana: la del carácter igualitario y homogéneo de la cultura hispánica por encima de las diversidades aparentes —e incluso necesarias— entre Hispanoamérica y España. Veremos ahora cómo en el campo de la literatura defenderá esta tesis ejerciendo una crítica que arranca de esos mismos supuestos.

LA CULTURA HISPANOAMERICANA

Unamuno es, después de Valera y Menéndez Pelayo, el crítico español que más atento interés ha demostrado por las letras hispanoamericanas. Además de su honda y sincera preocupación por todo cuanto a América atañía, ese interés suyo estaba determinado por

(32) *E.*, I, p. 871-2.
(33) *Ibídem.*
(34) *E.*, I, p. 872.

su situación de poeta y novelista militante en la hora del más vivo contacto entre los escritores españoles y americanos, esto es, en la hora modernista. Ya en los primeros años del siglo, Unamuno pensó componer «un trabajo de conjunto sobre la literatura contemporánea hispanoamericana» en el que vertebrar los juicios y comentarios que le inspiró su contacto con ella (35); y si bien esta obra no llegó nunca a salir de sus manos como trabajo de conjunto, lo cierto es que sus dispersos escritos sobre este tema ostentan cualidad y cuantía bastantes para considerarlos una valiosa aportación a la historia crítica de la literatura hispanoamericana. Detengámonos aún en espigar entre sus textos los más significativos en orden a la valoración cultural de Hispanoamérica.

«Los movimientos literarios han sido sincrónicos en España y en la América española. Cuando aquí se quintanizaba, se quintanizaba allí; cuando Larra hacía aquí furor, Alberdi le imitaba en la Argentina; Núñez de Arce reinó algún tiempo en uno y otro hemisferio, y más recientemente la influencia de Rubén Darío no ha sido aquí menor que allende el Océano» (36). En todo caso la poesía de unos y otros, original o imitativa, le revelaba una suma propensión a la pompa y al enfatismo, florones que Unamuno era incapaz de cultivar en su huerto poético. Por temperamento, él estaba en los antípodas de la estética moderna: «Rubén Darío dice de mis versos que son *demasiado sólidos;* prefiero esto a que sean demasiado gaseosos, a la americana» (37). Estas palabras nos revelan dos cosas: por un lado la réplica personal del poeta no modernista al modernista, pero al mismo tiempo dejan entrever bastante claramente que Unamuno cualificaba de un determinado modo la índole de la poesía americana subyacente en el hondo del movimiento modernista, el cual sería en tal caso la consecuencia de esa propensión, más bien que su causa. En cuanto a lo primero, se lamenta de que Rubén no tuviese otra cultura que la exclusivamente literaria, pero estima su «valor positivo», sus «sueños gigantescos» de «indio con vislumbres de la más alta civilización, de algo esplendente y magnífico que al querer expresar lo inexpresable balbucea»; y por lo que se refiere al modernismo en general, Unamuno tuvo

---

(35) Véase *Algo sobre la crítica.* (*E.*, II, p. 968.) La mayor contribución a este tema fué *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana* (*E.*, I, p. 849-887), largo ensayo tejido al hilo de su lectura de José Riva Agüero.

(36) *E.*, II, p. 1.011. Respecto de la influencia de Quintana en América afirma «es difícil hallar en España un poeta más quintanista que Olmedo, pongo por caso de poeta hispanoamericano».

(37) De *Unamuno en sus cartas,* antología epistolar comentada por B. G. de Candamo. (*E.*, II, p. 17.)

el valor de delatar el tópico pseudo-clásico tan usado y abusado por los modernistas: «Estoy harto de cisnes, sátiros, crisantemos, Pan, Afrodite, Centauros... y toda la farandalla clásica. Llevo nueve años explicando lengua y literatura griegas, apenas se hace en mi clase más que traducir, y casi nunca hago referencias a lo helénico» (38). Le reprocha también su «neutralidad frente a la patria», «su ignorancia de la Historia» y especialmente «su vaciedad lírico-novelesca» (39).

Pero más importantes e insistentes que estas críticas —en fin de cuentas anecdóticas—, del poeta que no comulga con la estética modernista son aquellas otras observaciones que Unamuno formulará al «literatismo» y a la que él llamó «literatura icariana». El literatismo vendría a ser un sucedáneo del verdadero espíritu poético consistente en una excesiva intromisión de los modos y estilos literarios en el ámbito de lo cultural, lo político y lo vital, como efecto de una supervaloración, especializada y fetichista, de las expresiones literarias. Es un mal que Unamuno delató en las letras francesas de su tiempo, en las españolas y especialmente en las hispanoamericanas: «Literato que sólo de literatura se ocupa, poco de grande hará, porque la literatura no es una especialidad. Reducida a especialidad cae en artificio. ... La literatura, si ha de ser algo grande, tiene que ser, no lo olvidemos, un trabajo de integración. ... Cada vez me apena más el intenso literatismo de nuestros literatos. No saben nada, son bravíos. ... Es el mal de los más de los poetas hispanoamericanos; acaban por cultivar un arte de reflejo, de alquitara, que pierde calor humano e interés» (40).

Al «icarismo» de muchos literatos de ultramar dedicó un largo ensayo escrito en forma epistolar (41): habla en él de la enfermedad del literato incomprendido, común en todas partes, pero más frecuente aún en la América española; analiza el afán de asombrar con lo exquisito y afectadamente genial —propensión americana heredada de la que Carducci llamó *afannosa grandiositá spagnola*—, y resume el icarismo como una obliteración del buen sentido, que se anega en un ambiente tropical de hipérbole y se traduce en «pérdida de la noción de la medida, de la perspectiva, de la proporción». Y concluye: «Esa falta de proporción entre el es-

---

(38) *Ibíd.* (*E.*, II, p. 32 y stes.)
(39) De *Historia y novela.* (*E.*, II, p. 1.144.)
(40) De *Unamuno en sus cartas*, antología epistolar comentada por B. G. de Candamo. (*E.*, II, p. 37 y stes.)
(41) El titulado *Al señor A. Z., autor de un libro* (*E.*, II, p. 553-60), al que pertenecen los pasajes citados.

fuerzo y el resultado, entre la concepción y la ejecución, entre el fondo y la forma, es una de las características de esa literatura icariana. Parece que andan ustedes cambiando de norte sin acabar nunca de orientarse. Les falta una sólida educación clásica en el sentido más amplio y más profundo del clasicismo. ¿No estará esto relacionado también con la escasez y pobreza de ciertas inquietudes del espíritu humano? El clasicismo y la religiosidad —no digo la religiosidad tal o cual— tienen raíces comunes.»

He aquí, pues, la doble terapéutica educativa que Unamuno recomienda a los pueblos de América: una base de cultura clásica y una profundización en los contenidos religiosos del vivir. Respecto de lo primero, no se cansó nunca de insistir en la necesidad del humanismo clásico como procedimiento formativo (42). En cuanto a lo segundo, echó de menos en América el fermento de una potente religiosidad capaz de dar originalidad cultural profunda a la fisonomía de aquellos pueblos. Riva Agüero se lamentaba sobre todo de la falta de homogeneidad étnica, de la ausencia de una vida intelectual intensa y concentrada y del escaso desarrollo social y económico. Más aún que todo eso—replicará Unamuno—, les falta «sentimiento religioso de la vida, porque la religión que heredaron de sus padres y los nuestros es ya para ellos, como es para nosotros, una pura mentira convencional» (43). La ausencia del supremo ideal religioso —prosigue—tienden a sustituirla por otras entidades sucedáneas, huecas y abstractas; así el del enriquecimiento («el mamonismo, gran peligro americano»), el cientifismo (cuyos estragos en la América de su tiempo merced a la boga de Conte y Spencer, delató Unamuno como caricatura de una disposición de espíritu frecuente en los pueblos jóvenes, de cultura incipiente y advenediza), y especialmente el esteticismo; «nada hace más estragos en la verdadera y honda espiritualidad, en la religiosidad, que la consideración predominantemente estética. El esteticismo ha corrompido las fuentes de la religiosidad en los países que se llaman latinos (44). Prolongando una vez más hasta el solar americano los anhelos de reforma religiosa que había

---

(42) En *Vulgaridad* (*E.*, II, p. 598), en el prólogo, el citado libro de C. O. Bunge, etc.

(43) *E.*, I, p. 875.

(44) En *Algunas consideraciones...*, etc. (*E.*, I, p. 874.) Y poco más arriba: «Nunca olvidaré lo que me dijo en cierta ocasión un famosísimo y muy discutido escritor sudamericano hablando de cosas de religión: «—Yo, amigo Unamuno, soy católico, pero no cristiano; me atrae del catolicismo precisamente lo que a usted de él le repele, lo que le diferencia de las demás confesiones cristianas; su lastre pagano, la pompa del culto y el casuísmo, sobre todo el casuísmo, esa maravilla jesuítica.» Esto revela un estado de espíritu que se alía perfectamente con el afrancesamiento.»

predicado para España, desea que esta reforma sea autóctona, indígena, brotada desde dentro, no traducida. Que no se engañen, pues, los enemigos del catolicismo o del clero: «No creo que haya de ser un movimiento anticlerical la fuente íntima de la vida social de aquellas sociedades, sino un movimiento cristiano» (45).

Pero la personal actitud de Unamuno ante el problema religioso le impedía propugnar el catolicismo como cimiento espiritual de Hispanoamérica. Lo afirmará con palabras de Riva Agüero: «Aun en este terreno puramente intelectual, el acercamiento a España no debe significar en manera alguna la conservación del ideal católico» (46). ¿En qué quedan, pues, las exigentes demandas de Unamuno de una renovación religiosa y cristiana de América? Esta es una de las muchas cuestiones que Unamuno sólo tocó en forma negativa y, por decirlo así, blasfematoria. El vago cristianismo propugnado por él, irremediablemente antidogmático, antiteológico y—paradoja supremamente trágica—anticristiano, no podía dar más de sí. Unamuno, que en esta, como en otras cuestiones referentes al ser hispánico, llegó a profundizar tocando con sus manos el hondón del problema, no fué capaz de perseguir con coherencia últimas soluciones.

AMÉRICA, ESPAÑA, EUROPA.

A principios de siglo advierte Unamuno a sus lectores el frecuente empleo que él mismo suele hacer de «palabras que ignoro si han sido usadas o no ya, pero que ciertamente no corren mucho». Aludía concretamente a «americanidad», «hispanidad», «españolidad», «argentinidad» y otras análogas. En todos estos casos referíase, como él mismo declara, a aquellas cualidades espirituales y a aquella fisonomía moral—mental, ética y religiosa—en virtud de las cuales se es lo que se es (47). Y añade: «Mi batalla es que cada cual, hombre o pueblo, sea él y no otro.»

Tanto en lo individual como en lo histórico-colectivo, aparece aquí la preocupación unamuniana por la autenticidad. Por eso quiere que cada pueblo dé la nota peculiar y privativa suya, la que él sólo puede dar. De aquí arranca su afición a los productos culturales que traigan el soplo de la vida, de la tierra y de la gente en que brotó—por contraposición a lo que es criatura del cosmopolitismo—, y ahí radica también su veneración del criollismo, como fenómeno idiomático y como vehículo y exponente de un espíritu. La univer-

(45) *E.*, I, p. 862.
(46) *E.*, I, p. 878.
(47) En *Sobre la argentinidad.* (*E.*, II, p. 1.021.)

salidad se alcanza precisamente partiendo de esa base peculiar; «es dentro, y no fuera, donde hemos de buscar al hombre; en las entrañas de lo local y circunscrito, lo universal; y en las entrañas de lo temporal y pasajero, lo eterno» (48). Por eso criticará con insistencia la propensión americana de descubrir Europa en aquellos mismos que no han sabido interpretar, y acaso ni descubrir siquiera, «la vida que en torno de ellos se desarrolla» (49). Especialmente paró mientes en la fascinación francesa, que no vacila en calificar de perniciosa, por lo exclusiva y absorbente, para la economía espiritual de Hispanoamérica. Una y otra vez puntualiza Unamuno que este criterio suyo no obedece a francofobia o chauvinismo; «pocos deberán más que yo a esa literatura francesa, verdaderamente educadora, y confieso que en ella he aprendido mucho; pero ni de sus juicios respecto a otros pueblos hago gran caso, porque son poco capaces de penetrar en espíritus distintos del suyo, ni he querido nunca someterme a su estética, que es la que tiene más echada a perder nuestra literatura. ...Y ahí, en América, digan lo que quieran los que a todo trance se empeñan en diferenciar esa literatura de la nuestra, sucede lo mismo. Es más: se podría hacer un estudio—y acaso lo emprenda algún día—demostrando que en las incipientes literaturas hispanoamericanas la tendencia españolizante encaja mejor con la índole de esos pueblos que no la otra» (50). Más aún: frecuentemente ese afrancesamiento es de segundo grado, y «lo más frecuente es que los americanos se afrancesen a la española», del mismo modo y por las mismas razones por las que los españoles se afrancesaban (51). A pesar de todo, pues, el genio de Hispanoamérica es coincidente sobre todo con el español. La influencia cultural española perdura allí «tanto en lo que tiene de malo, que es mucho, como en lo que tiene de bueno, que no es poco», ya que al fin y al cabo España misma, en más de un respecto está más cerca de esa América que del resto de Europa. «Quien quiera encontrar en la literatura criolla algo profundamente español debe ir a buscarlo, como yo lo he hecho, en Ascasubi, en Estanislao del Campo, en José Hernández.» El propio Rubén Darío, «por debajo de su afrancesamiento más aparente que real, ha sido y va cada vez más siendo profundamente español».

Hay que insistir en que cuando Unamuno se lamenta del afrancesamiento americano o lo combate, no lo hace en función de españo-

(48) En *Arte y cosmopolitismo*. (*E.*, II, p. 1.123.)
(49) *E.*, I, p. 874.
(50) *La Literatura y literatos*. (*E.*, II, p. 1.153.)
(51) *E.*, I, p. 856.

lidad, sino en función de autenticidad. Pero es precisamente esa autenticidad la que acarrea luego, como una consecuencia insoslayable, el reconocimiento del ingrediente hispánico como base del ser americano. Por eso le decía a Rojas que estaba convencido de que cuando se quiere ver la historia de la Argentina en argentino, en nativo, se acaba viéndola en español. No es un amor de complacencia en su ser de español lo que hacía a Unamuno considerar las cosas americanas de este modo; nadie más lejos que él de las delectaciones panegíricas. Por eso cuando se indigna frente al repudio americano de lo hispánico, lo que le indigna es la autonegación que ahí va implicada, la incomprensión de lo propio y de lo ajeno, la hibridación espiritual y, en suma, la inautenticidad. «No soy yo de los aduladores de mi Patria, y más bien podría reprochárseme cierta acrimonia en la censura de sus defectos. Jamás he ocultado nuestras flaquezas; pero cuando topo con alguno de esos mozos lindos a quienes todo se les vuelve hacer ascos y melindres a cuanto hay aquí, me revuelvo al punto en contra de ellos y en contra de las excelencias que de sus tierras nos vienen a contar. Porque ni lo malo de lo nuestro es lo que ellos estiman tal, ni es lo mejor suyo lo que ellos por mejor tienen» (52).

Su actitud ante Sarmiento, del que tantas veces y tan elogiosamente se ocupó (53), hasta el punto de haberse constituído en difusor del escritor argentino en España, puede servir como piedra de toque: «Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español. Sentía, como es común entre los criollos, adoración hacia Francia, y su genio era lo más profunda y radicalmente contrario al genio francés. ... Sarmiento hablaba mal de España en español y como los españoles lo hacemos. ... Su censura no era la censura que suele ser la de los extranjeros, que ni penetran en nuestro espíritu, ni aprecian nuestras virtudes ni nuestros vicios; su censura era la de un hombre de poderosísima inteligencia, que sentía en sí mismo lo que en nosotros veía y que penetraba con amor fraternal en nuestro espíritu» (54).

Por lo demás, la progresiva cohesión de todos los pueblos hispanoamericanos entre sí debe desarrollarse sobre una base auténtica-

---

(52) De *Tres generaciones*. (*E.*, II, p. 377.)

(53) Véase, por ejemplo, lo que dice de él en *E.*, I, p. 722; *E.*, II, p. 1.080, y *E.*, II, p. 852-3. Le llama «el escritor de lengua española que prefiero a todos los demás del siglo pasado» y «el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad».

(54) *E.*, I, p. 852-3.

mente americana. Esta autenticidad no la posee el panamericanismo: «En ciertos aspectos sigue todavía siendo Europa el lazo de unión entre los pueblos americanos; y el panamericanismo, si es que en realidad existe, es un ideal concebido a la europea, como otros tantos ideales que pasan por americanos» (55). Tampoco le convence que los grupos inmigrantes europeos, italianos, españoles, franceses, etc., pretendan hacerse campeones, en el país adoptivo, de los prejuicios, especialmente los políticos, de su país de origen (56). A estos efectos, pues, la españolidad inmigrante es sólo un factor más, que se superpone, lo mismo que cualquiera de los otros, al substrato peculiar hispanoamericano. Como siempre, Unamuno propugna también aquí la autoctonía en un sentido más bien moral que geográfico, la autenticidad espiritual, cuyas raíces se hunden no tanto en la topografía cuanto en la historia y en las capas profundas, invisibles, pero operantes y vivaces, de lo que él llamaba lo intrahistórico. Tal es la génesis común de los que él llamó hispanoespañoles y de los hispanoamericanos.

EN LA RUTA DE LA HISPANIDAD.

Unamuno escribió otras muchas cosas sobre Hispanoamerica (57), y no sería difícil aducirlas. Con todo, la inspección recién hecha nos proporciona un punto de partida y es exponente básico de su actitud espiritual. Por de pronto, si ningún español coetáneo puede parangonársele en cuanto a interés apasionado por Hispanoamérica, ello habrá de obedecer a motivaciones suficientes. Ninguna menos congruente y más superficial que la de sus colaboraciones en la prensa

(55) De *José Asunción Silva. (E.*, II, p. 1.027.)

(56) En *Sobre la originalidad. (E.*, II, p. 1.027.) Respecto de los emigrantes españoles muchas cosas agudas escribió Unamuno. Por de pronto no consideró nociva para España la emigración a América; lo grave es que el emigrante corre el riesgo de la inadaptación espiritual por una parte, y tergiversando la jerarquía de los valores suele regresar en condiciones de hombre adulterado. La culpa, en gran parte, es del Estado español, que no provee a las necesidades espirituales de sus emigrantes. Véanse estas consideraciones: «A nadie se le ha ocurrido que un Estado que conoce sus deberes está obligado a proveerles (a los emigrantes) de algo más que de agentes consulares y otros oficiales meramente burocráticos. Si aquí se preocuparan las gentes de esto y los gobernantes estuvieran orientados en el sentido de la cultura habría ya en Buenos Aires y en otras ciudades donde hay un fuerte contingente de españoles Institutos de enseñanza subvencionados y sostenidos por España. Más razón hay para que España sostenga en Buenos Aires un Instituto de segunda enseñanza, verbigracia, que para que lo sostenga en Cuenca o Lugo.» *(El desdén con el desdén, E.*, II, p. 587-93.)

(57) Aquí nos hemos limitado a los ensayos que él reeditó, pero de sus colaboraciones en *La Lectura* y *La Nación* y de sus cartas, muchas de ellas dispersas por toda América, podrían sacarse elementos de juicio. En tal sentido una edición verdaderamente completa de las obras de Unamuno se percibe como muy necesaria. Sería así posible, entre otras cosas, un más detenido estudio sobre la trayectoria de su pensamiento concerniente a Hispanoamérica.

ultramarina; en toda actividad, sin excluir la literaria, hay siempre determinaciones anecdóticas cuya trascendencia no cabe exagerar, ya que en el mejor de los casos sólo arguyen la existencia, previa y más profunda que ellas mismas, de un venero de ocultas realidades que se hallaban en trance de eclosión irremisible. Unamuno quedó preso en las mallas del problema de América por las mismas razones por las que también estuvo atado de por vida al problema de España. Las mismas vaharadas de pasión e idéntica urgencia histórica le llevaron a uno y a otro; él había sido el primero en demostrar, quizá sin percatarse suficientemente de ello, que cuando alguien se plantea con radicalidad los motivos esenciales que configuran lo español, no tiene más remedio que toparse también con los de Hispanoamérica, y que todo progreso realizado en la conciencia hispánica se trasmite a la conciencia de los pueblos hispánicos. Con Unamuno, en cierto modo, hay también generación del 98 para América, porque las inquietudes principales de esa generación no han resultado vanas o extranjeras al alma americana. Casi todo lo que Unamuno pensó acerca de lo español está implícito en su famosa exclamación: «Me duele España.» Es la pura verdad. Pero ¿acaso no le dolió igualmente Hispanoamérica? Amor amargo y transido de voluntad de perfección, crítica de la vida como civilización, ahondamiento en la peculiaridad histórica, afán de enderezar colectivos entuertos psicológicos, oposición a las inflaciones panegíricas... Toda esta gama de actitudes, características del 98 y típicas de Unamuno, las extendió también al modo de sentir e interpretar el orbe espiritual de Hispanomérica. Frente a las actitudes, tantas veces superficiales, de los mil viajeros a caza del pintoresquismo neocontinental, el Unamuno anclado en Salamanca se esforzará en palpar la sangre y el espíritu de América, conectándose con ella en profundidad, al margen del trámite cosmopolita. Es cierto que no tuvo ni divulgó la *sensación* de América, pero sintió y extendió más que nadie su *conciencia*. América, que no le dió nada *visivo*, dióle de sí misma todo lo pensativo.

Sobre esta base previa habrá que valorar toda la aportación hispanoamericanista de Unamuno. Después, se podrán escarbar en sus escritos no pocas deficiencias en su manera de enjuiciar y conocer el mundo americano. Es cierto, por ejemplo, que consideró menos el círculo cultural mejicano que los restantes. Es verdad que ni el etnólogo, ni el sociólogo, ni siquiera el lingüista considerarán irreprochable en todos sus extremos la exégesis que él hizo de la compleja realidad americana. Incluso puede afirmarse que su tarea crítica en el campo literario de América incurrió en limitaciones, en

valoraciones vehementes y en juicios arbitrarios. La contabilidad de sus aciertos de visión, en fin de cuentas, siempre será mayor que la de sus defectos, y aun estos mismos, a su vez, demuestran que el Unamuno meditabundo ante lo hispanoamericano tropezó con los mismos escollos que el Unamuno pensador de lo español. Pero en ambos casos su navegar fué intrépido, ejemplar y provechoso. A su manera, también él fué un descubridor, porque, también a su manera, él logró superar no pocos *finis terræ* conceptuales que contraían a un solo borde del Atlántico el ámbito de la total hispanidad.

Pues ya era hora de proclamar a Unamuno promotor de doctrina sobre la hispanidad. En su acepción concreta y material, como conjunto de pueblos portadores de esencia hispánica, el sentido de la hispanidad de allende nadie entre nosotros lo tuvo antes que él en forma tan directa y fehaciente. Valera o Menéndez Pelayo pasearon su mirada de esteta o erudito galopante por las letras de América y pusieron así en circulación un nuevo *tema*, y Ganivet ya hizo bastante con ser un gran soñador de hispanidad. Pero la Hispanoamérica más concreta y vivaz no llegó a instalarse en sus vigilias como se instaló en las de Unamuno, que la tuvo como sueño, como vivencia y como urgencia. Con ella Unamuno hizo todo: la amó, la aprendió y la compadeció, la cantó y la azotó, quiso sanarla y sublimarla.

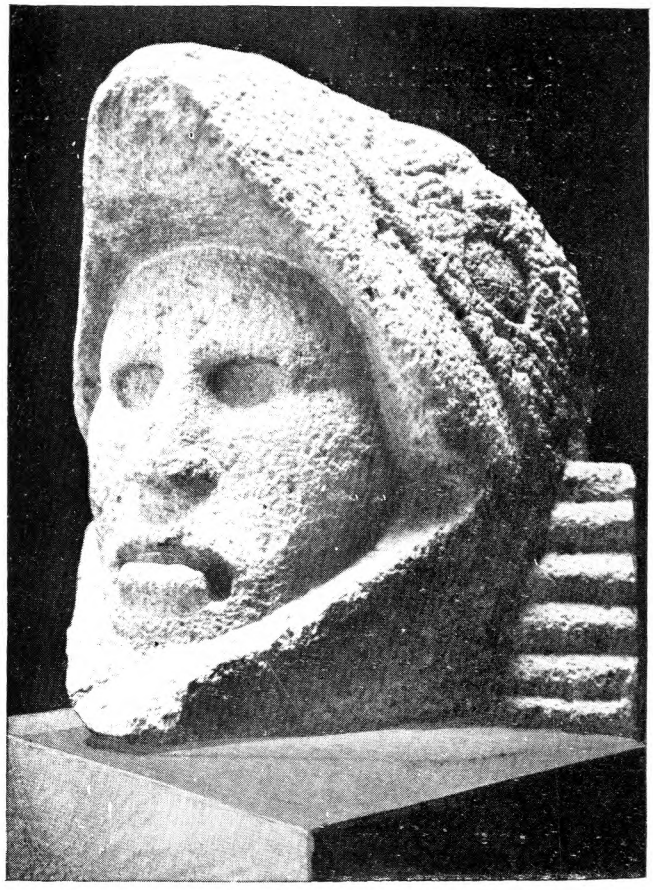
Por esas sendas ascendió a la percepción de la hispanidad en su sentido abstracto y formal, esto es, como esencia y vínculo espiritual, como energía morfogenética y versión de vida histórica. Pero la función del catolicismo como ideal y como elemento nuclear de esa estructura no halló, ya lo sabemos, una acogida positiva en Unamuno, a pesar de que proclamase a voz en cuello la necesidad de religión y de acendrado cristianismo para ambas riberas hispánicas. Aquí está el punto muerto de su pensamiento. Unamuno no podía dar un paso más hacia una hispanidad hecha con medula de un catolicismo que no profesó interiormente. Y se paró en este término indeciso de su propio camino.

Tendrían que ser otros quienes lo llevasen adelante. Entre nosotros lo han sido dos hombres precisamente con camino de Damasco en su andadura ideológica: Maeztu y Morente. Con ellos la doctrina de la hispanidad alcanzó defensa y exaltación, pudo alzarse y ondear como bandera, se nutrió de programa, de medula misiva y de soteriología histórica. Todo el 98, capitaneado por Unamuno, queda atrás, con su fértil examen de conciencia hispánica, con su atrición y su inquietud estimulante. Pero en la mística de la hispanidad sólo quienes ganaron a brazo la orilla de la ortodoxia católica

pudieron representar la arribada a la etapa unitiva. Unamuno, todo flagelos y cavilaciones, primer viandante de rutas purgativas, no conoció la definitiva iluminación. Pero en cierto modo ha sido precursor y bautista de los ortodoxos de la hispanidad, ha sido el *protodoxo*. Título, a la verdad, grande e insólito.

Angel Alvarez de Miranda.
Director del Instituto Español de Lengua y Literatura.
Via della Rotonda, 23.
ROMA (Italia).

Cabeza de Guerrero Aguila (Azteca)
MEXICO



Cuauhxicalli de las serpientes emplumadas (Azteca)
MEXICO

ARTE PRECORTESIANO

Ocatlicue (la de la falda de Serpientes) (Azteca)
MEXICO

Deidad de las aguas o de la luna (Azteca)
MEXICO